

FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ

Homilía del P. José M. soler, abad de Montserrat

19 de marzo de 2009

Mt 1, 16.18-21.24

Para hacernos entender la experiencia de *fe* y de *esperanza* de san José, la Iglesia recurre a la de Abrahán, tal como lo expone san Pablo en la carta a los cristianos de Roma, en el fragmento que hemos leído. Por eso, amados hermanos y hermanas, en este año dedicado al Apóstol, os propongo profundizar un poco la figura de san José, hombre bueno, creyente y fiel a Dios, a partir del texto Paulino que nos ha proclamado la liturgia.

Es por su *fe* y por su disponibilidad total a la voluntad de Dios que Abrahán merece recibir, como *padre*, el fruto de la promesa que Dios le había hecho que es la de tener un hijo: Isaac. Y es por la fe y la prontitud en hacer realidad el querer divino que José recibe a Jesús como hijo a todos los efectos legales y de responsabilidad familiar. Todo es obra de la gracia, de un don gratuito y amoroso. Efectivamente, es Dios quien ha tomado la iniciativa de la promesa a Abrahán y de la promesa a José. Y los dos responden obedeciendo la palabra que les ha sido dirigida.

Los dos, Abrahán y José, reciben al hijo después de haber creído, haber aceptado existencialmente al Dios que creó el mundo de la *nada*, y de haber esperado *contra toda esperanza*, contra toda evidencia, porque las realidades humanas hacían prever todo el contrario de aquello que la Palabra de Dios había prometido. Con la fe que alimentaba su esperanza, se hicieron instrumentos dóciles a Dios para contribuir a realizar el plan de salvación. Abrahán, como padre *de una multitud de pueblos* que unidos por la fe formarán el pueblo de la Alianza; y José, como esposo de María la madre de Jesús, el uno y la otra -María y José-- educadores, por designio divino, de la personalidad humana de aquél que es la *imagen del Dios invisible* (Col 1, 15) y salvador de todo el género humano.

Tanto a Abrahán como a José, la fe, la obediencia y la *esperanza*, vividas por amor, les fueron tenidas *en cuenta* para hacerlos justos, para hacerlos santos. Concretamente hoy lo celebramos de san José.

San Pablo habla de Abrahán, y la liturgia lo aplica a san José, pero es para referirse a la fe de los cristianos. El santo esposo de María nos es modelo de apertura por amor al don de Dios. Sin embargo, como él -y como Abrahán-- sólo podremos abrirnos al don gratuito de Dios por la fe. Una fe que tiene por objeto no tanto un cierto número de verdades que hay que admitir, sino la Verdad personal de Dios, de la cual estas verdades toman su valor. Por eso la fe coge a toda la persona, en tanto que es una respuesta personal a la iniciativa de Dios. El creyente reconoce esta iniciativa en la Palabra y en las intervenciones salvadoras de Dios; particularmente en las dos fundamentales que, tal como recuerda san Pablo, son la creación del mundo de la *nada* y la resurrección de Jesucristo de entre *los muertos*.

Aceptar el Evangelio sin condiciones no es fácil, cómo no lo fue para san Pablo, ni -ya en los inicios de la Buena Nueva-- para san José. Porque la fe se tiene que hacer cada día dinamismo espiritual; progreso en el diálogo amoroso con Dios y en el conocimiento de su designio de salvación. Pero, también, se tiene que hacer fidelidad y esperanza, particularmente en las pruebas y en las dificultades de la vida, en momentos de incertidumbre y de crisis como el actual. Una fidelidad y una esperanza que se hacen trabajo para contribuir a resolver las dificultades. Así se va adquiriendo la sabiduría que proviene de la fe. Viendo lo que el evangelio nos dice de san José,

nos damos cuenta que de manera parecida a lo que unos siglos antes de él vivió Abrahán y a lo que relativamente poco después de él vivirá san Pablo, la fe coge todo el ser. Supone la adhesión de la inteligencia, una confianza absoluta para apoyarse en el Dios vivo y verdadero, y la obediencia pronta por amor. Es esta fe, tal como decía san Pablo, que hace justos a los creyentes, no la mera práctica de unas obras. Es ésta la fe que se convierte en activa para el amor y que se expande en frutos de justicia y de solidaridad. Y es, aún, ésta la fe que nos lleva a profundizar el misterio de Dios.

El ejemplo de san José visto, tal como nos propone la liturgia de hoy, desde la perspectiva de la carta de san Pablo a los romanos, nos hace comprender que por la fe, por la aceptación y la obediencia al Evangelio, podemos obtener la gracia que viene de Jesucristo (cf. Rm 3, 24) y así avanzar desde la realidad concreta y limitada que vivimos, a causa de nuestra condición de hombres y mujeres pecadores, hacia nuestra plenitud que es ser imagen de Jesucristo (cf. Rm 8, 29). Y eso es fruto del amor de Dios que nos conoce desde siempre y nos ha querido llamar a participar de la gloria de su Hijo. Lo quiso para san José y él le correspondió con toda generosidad. Y lo quiere, también, para nosotros; por eso nos da la eucaristía que tiene la fuerza para transformar nuestra realidad y hacernos más semejantes a Cristo.